

**LEIF WENAR**

***Petróleo de sangre***  
*Tiranos, violencia y las reglas*  
*que rigen el mundo*

Traducción de Fernando Borrajo Castanedo

Título original: *Blood Oil. Tyrants, Violence and the Rules that Run the World*

Edición original: Oxford University Press, Oxford, 2016

1.ª edición: mayo 2017

Diseño: A. Amann & J. Palao

Diseño de cubiertas: Fernando G. Salgado

Ilustración de cubierta: *Nigerian Delta oil spill*, George Esiri © Agencia EFE, 2017

Ilustración de solapa: © Leif Wenar (D.R.), 2016

Copyright © Leif Wenar, 2016 © Oxford University Press, 2016

Copyright de la traducción © Fernando Borrajo Castanedo, 2017

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L. 2017

Esta traducción está publicada bajo acuerdo con Oxford University Press



Armaenia Editorial, S.L.

[www.armaeniaeditorial.com](http://www.armaeniaeditorial.com)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-944909-7-2

Depósito legal: M-12502-2017

Impresión: Gráficas Cofás, S.A.

Impreso en España

*Divide y vencerás, grita el político;  
une y lidera, es la consigna del sabio.*  
-Goethe

# INTRODUCCIÓN

## La madre de todos los inventos

Coge el *smartphone*, ese pequeño dispositivo con el que llamas, escribes, envías correos electrónicos, buscas información, la lees, grabas vídeos y juegas. Lo que estás sujetando con las manos es una sinfonía de elementos: aluminio y silicona, litio en la batería, estaño en la soldadura, tungsteno en la alarma vibradora, además de diversos metales exóticos como itrio y lantano en la pantalla y en la cámara. Piensa en esas extrañas moléculas que componen la microestructura del aparato. Cada uno de sus átomos se extrajo del suelo, de algún punto exacto de la superficie del planeta. Tu teléfono está hecho enteramente de recursos naturales. El derroche de conceptos lógicos que te ofrece se fundamenta en la tabla periódica; su alma fluye a toda prisa por la tierra, que es la madre de todos nuestros inventos.

Nuestros deseos llegan a ser tan absorbentes que olvidamos el maravilloso movimiento molecular que garantiza su satisfacción. Como estás impaciente por llegar a casa, pisas un poco el acelerador. Tienes que hablar con un amigo en Sydney, de modo que haces doble clic con el ratón. El vuelo a París te llevará a una reunión, o a encontrarte con una amante. No te das cuenta de que, cuando despega el avión —con el carbotitanio del fuselaje, el acero del tren de aterrizaje, el queroseno de los depósitos de combustible, el sistema de guía de precisión y los dispositivos tecnológicos que llevan los pasajeros—, la nave se convierte en un pequeño planeta Tierra en órbita parcial. Los increíbles artilugios multinacionales que nos conectan unos a otros se

asemejan a nuestros propios cuerpos en complejidad, y de igual manera damos por sentado su funcionamiento con solo pulsar un botón.

Todo lo que leemos, conducimos, vestimos y comemos son combinaciones de sustancias obtenidas de nuestro mundo globalizado; nos pasamos el día consumiendo mercancías de las naciones unidas. Sería fantástico encontrar los orígenes de lo que poseemos; imaginemos pues que hay una aplicación al efecto. Supón que tu móvil cuenta con una aplicación llamada Cadenas de Suministro, la cual rastrea el origen de cualquier pieza de un producto. Apuntas con el teléfono a la camisa, al anillo o al reloj, y la pantalla muestra un esquema que se ramifica en componentes y subcomponentes, cada uno de los cuales lleva etiquetado su propio origen. Compraste la camisa en Macy's, y la aplicación indica que la confeccionaron en Italia con polímeros chinos manufacturados en la India con petróleo refinado en Corea del Sur pero extraído en Brunéi. El anillo, para tu sorpresa, tiene un diamante pulido en Israel después de pasar por Dubái procedente de una mina de Zimbabue. Si utilizas la función «mapa» y apuntas con la cámara al reloj, observarás que las cadenas de suministro que se ocultan tras los componentes de este recorren medio mundo como riachuelos de materias primas que desembocan en arroyos manufactureros que forman líquidas cadenas de montaje, las cuales conforman un río que las transporta hasta ti. Al apuntar con el teléfono a tus gafas de sol, ves que estas se desmontan de manera progresiva, como fuegos artificiales por etapas, cuyas piezas se dispersan por el mundo hasta que las materias primas se descomponen en líquidos y se funden con las piedras que regresan bajo tierra.

Las cadenas de montaje que nos proporcionan el botín de la Tierra son uno de los grandes logros de nuestra especie. Para fabricar tus zapatos, un grupo de seres humanos ejecutó un difícil baile por varios continentes, cuya coreografía es mucho más compleja que cualquier ballet de Balanchine. Y tus zapatos no son más que un producto global. Si pudiéramos observar al mismo tiempo todas las cadenas de suministro brillando sobre la superficie de la Tierra, veríamos un sistema de miles de millones de nodos formando billones de conexiones semejantes ni más ni menos que a un corte transversal del cerebro

humano, esparcido por todo el mapa. Y esta red similar a la neuronal sigue creciendo. El volumen de este comercio mundial de bienes se ha cuadruplicado durante la última década, conectando a las personas en el aspecto físico, al mismo tiempo que Internet las conecta en el plano social. Además, estos dos sistemas se han hecho más simbióticos: la red de cadenas de suministro construye y alimenta Internet, a la par que esta controla el dinámico y frenético entramado de cadenas de suministro de las que recibimos nuestras propias moléculas.

### **La máquina de la vida**

Imagínate que estás en las gradas de un estadio que tiene un reloj poco habitual: cada segundo cae del cielo un bloque de metal de 1 600 kilos y se estampa contra el suelo. Esa es la cantidad de aluminio que se usa en el mundo. Y el aluminio no es el metal más importante. En el estadio del reloj de acero, cada bloque que cae son cincuenta toneladas demoledoras que aterrizan cada segundo, las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Eso equivale a la producción mundial de hierro. Esas gigantescas cantidades de materia que se utilizan en las fábricas se ajustan al número de consumidores que demandan las moléculas: siete mil millones de seres humanos (¿cabe siquiera en la cabeza?), cada uno con los deseos diarios de una vida individual. Se trata, en definitiva, de los deseos conjuntos de la Humanidad, que extrae materias primas del suelo para trasladarlas a las redes globales que conforman las cadenas de suministro. ¿Mil millones de metros cúbicos de madera al año? Necesitamos semejante cantidad para construir y fabricar nuestras casas y pianos, pañuelos de papel y tarjetas de felicitación.

El trabajo necesario para convertir la materia prima en bienes de consumo es realmente extraordinario. Las fábricas de todo el mundo utilizan todos los años veintidós millones de toneladas de cobre con el fin de transformarlas en tuberías y cables para una población cada vez más urbana. En las cadenas de montaje, la producción es minuciosamente intensiva también. Para fabricar un solo condensador, una empresa japonesa hace agujeros de una micra de profundidad en una

lámina de aluminio de cien micras de espesor. (Imagínate hacer trescientos mil agujeros en un grano de arroz, para luego darle la vuelta y volver a hacer otros trescientos mil agujeros por el otro lado). Y ese condensador es sólo una fase de una cadena de montaje global que fabrica un teléfono, el cual va a parar quizás a un megasuburbio de Kenia, a manos de una madre que ya podrá usarlo a fin de descubrir dónde encontrar agua para la jornada.

¿Es esta economía global, tan impresionante a todos los niveles, la más valiosa de las creaciones humanas? El hecho de que pensemos así dependerá del valor que otorguemos a las cosas, incluido el valor que confirmamos a las vidas humanas. La red mundial de cadenas de suministro es una máquina de la vida, un solo dispositivo que sirve para mantener el prodigioso crecimiento numérico del *Homo sapiens*. Vemos de nuevo dos sistemas en simbiosis —los seres humanos y las cadenas de suministro—, cada uno de los cuales hace crecer al otro y lo fortalece.

Esta relación simbiótica tiene siglos de antigüedad y florece por ambas partes, sobre todo desde 1945. Ahora hay muchas más personas que se ganan la vida fabricando bienes y productos para el extranjero, al mismo tiempo que se abastecen de medicamentos y electrodomésticos producidos fuera de sus fronteras. En parte gracias a esta simbiosis global, hoy la gente es considerablemente más longeva. Cada vez mueren menos niños durante el parto. La desnutrición infantil se encuentra en los niveles más bajos, al igual que el analfabetismo. Más admirable aún es la disminución de la pobreza extrema: la disminución del porcentaje de personas que viven con lo que se puede comprar con 1,25 dólares al día en Estados Unidos. Los principales cálculos indican que durante un espacio de veinticinco años de creciente integración global, los países en vías de desarrollo han conseguido reducir la pobreza extrema en más de la mitad: de un 43% a un 21%.

Los índices globales de mortalidad materna, de desnutrición infantil, de analfabetismo y de pobreza siguen siendo inadmisibles, y este libro explicará una de las razones de semejante situación. Los últimos logros de la Humanidad acarrearán también graves problemas

—el cambio climático, el agotamiento de los recursos naturales, las crisis económicas, la inseguridad alimentaria, etcétera—, que también analizaremos. Sin embargo, las buenas nuevas sobre el desarrollo humano quizá nos den ánimos. La red mundial de cadenas de suministro nos deslumbra cuando transforma piedras, barro y madera en aquello que miles de personas quieren y necesitan. Los recientes descubrimientos científicos nos permiten pensar que el perfeccionamiento de esta máquina de la vida servirá para enriquecer aún más la experiencia humana. En palabras del economista Angus Deaton:

Desde la Segunda Guerra Mundial... el rápido crecimiento económico ha librado de la indigencia a millones de personas en muchos países. El bienestar material aumenta a medida que disminuye el índice de mortalidad, y la gente vive una vida más larga y plena... El mundo no sólo ha crecido en cuatro mil millones de personas durante el último medio siglo, sino que los siete mil millones que viven hoy disfrutan, por término medio, de una vida mucho mejor que la de sus padres y abuelos...

Es esta una historia de progreso... en la que la esperanza de vida aumentaba a un ritmo (en apariencia imposible) de varios años al año... El mundo es ahora un lugar más sano que en cualquier tiempo pasado. Las personas viven más tiempo, son más altas y fuertes, y sus hijos tienen menos probabilidades de enfermar y morir. Las mejoras en sanidad nos garantizan una vida mejor, y nos permiten aprovechar mejor la vida, ser más eficientes, dedicar más tiempo al estudio y disfrutar más y mejor de nuestros familiares y amigos.

## **La maldición de los recursos naturales**

En conjunto, en la historia reciente de nuestra especie, vemos muchas buenas noticias: vidas más largas, más cultura, menos pobreza, más salud. Pero también oímos alarmas a lo lejos: guerra en Oriente Medio, tiranía en el Golfo Pérsico, violencia sexual en África. Tenemos la sensación de estar conectados a este sufrimiento y esta injusticia mediante las cadenas de suministro globales. ¿Acaso no llenamos el depósito de nuestro coche con el petróleo saudí? ¿No hay minerales

de dudoso origen dentro de nuestros ordenadores? El sonido de las alarmas nos parece débil porque está muy lejos. Pero sospechamos que, de cerca, deben retumbar.

Podemos aproximarnos con cautela a una de esas lejanas sirenas, con paso lento para que no nos revienten los tímpanos de repente. Caminemos despacio hacia África y el Congo, empezando por el discurso de un senador estadounidense:

Sin saberlo, decenas de millones de estadounidenses están llenando los bolsillos de los más sanguinarios violadores de los derechos humanos, por el simple hecho de utilizar un teléfono móvil o un ordenador portátil.

Y acerquémonos un poco más, observando el caso de un activista estadounidense muy preocupado por los asuntos congoleños:

Durante décadas, todos los beneficios procedentes de los inmensos y valiosísimos recursos minerales del este del Congo han ido a parar a manos de los mejor armados... Entre esos recursos minerales se encuentran el oro, el estaño, el tantalio y el tungsteno necesarios para la fabricación de móviles, ordenadores y joyas.

Añadamos un reportaje periodístico sobre un hospital congoleño situado en lo que un experto de la ONU denominó «capital mundial de la violación»:

El número de mujeres y niños violados en la República Democrática del Congo ha aumentado de manera escandalosa debido a la creciente actividad de las milicias rebeldes... El líder del proyecto *Heal Africa* dijo respecto de la violencia sexual: «El número de casos va en aumento porque varios grupos armados... han incrementado sus actividades durante los últimos meses. En tiempos de guerra aumenta el número de violaciones, de refugiados, de robos, de asesinatos y de incendios».

E incluso más cerca, en un informe sobre las FDLR (Fuerzas Democráticas para la Liberación de Ruanda), una milicia entre cuyos líderes se encuentran antiguos genocidas ruandeses, se lee lo siguiente:

Dondequiera que se hacen con el control, las FDLR organizan la explotación ilegal de minas y bosques... La relación entre las FDLR y la población autóctona congoleña recuerda a la que se daba entre amos y esclavos.

Un paso más y estamos sobre el terreno, con un doctor en su clínica:

Denis Mukwege, un ginecólogo congoleño, ya no es capaz de escuchar las historias que le cuentan sus pacientes. Todos los días aparecen en el hospital otras diez niñas y mujeres que han sido violadas. A algunas las abren en canal, las despedazan con bayonetas y las golpean con palos de manera tal que les destrozan los aparatos reproductor y digestivo. En casi todos los casos descritos, los atacantes son jóvenes armados, los cuales no escasean en la engañosa hermosura de estas montañas: mal pagados y a menudo soldados amotinados del gobierno; son milicias locales, denominadas Mai-Mai, que se embadurnan con gasolina antes de entrar en combate; miembros de grupos paramilitares procedentes originalmente de Uganda y Ruanda, que llevan desestabilizando esta zona diez años en busca de oro y de todas las riquezas que se puedan extraer del devastado suelo del Congo...

Pocas mujeres se salvan de las vejaciones. El doctor Mukwege dijo que su paciente más anciana tenía setenta y cinco años, y la más joven tres. «Algunas niñas destrozadas por dentro son tan jóvenes que no alcanzan a entender qué les ha pasado», afirma el doctor Mukwege. «Me preguntan si algún día podrán tener hijos, y entonces se hace verdaderamente difícil responder mirándolas a los ojos».

En el Congo las alarmas llevan sonando durante años. Este conflicto interminable es «la peor guerra del mundo», y ha ocasionado cientos de miles de muertes, por lo que el número de víctimas se

aproxima demasiado a las del Holocausto. Y las alarmas han estado sonando en el Congo más de lo que podemos recordar. Joseph Conrad dijo que la explotación de los recursos naturales del Congo era «el saqueo más escabroso que había desfigurado la historia de la conciencia humana», lo que lo llevó a escribir *El corazón de las tinieblas* con el fin de dar a conocer aquel espanto.

No todo está bien entre las maravillas que hemos creado. Uno de los eslabones de las cadenas de suministro globales está deformado, defectuoso, aherrumbrado. En ese eslabón, el comercio no funciona como la máquina de la vida, sino todo lo contrario. Ese eslabón defectuoso es el primero de la cadena, donde materias primas como el petróleo, los metales y las piedras preciosas se extraen del suelo. Hay algo en la extracción de esos recursos naturales que amenaza ruina. Tomemos por ejemplo los países que extraen grandes cantidades de petróleo.

Durante cuarenta años, los Estados petroleros han enturbiado los tranquilos logros de los países en vías de desarrollo. En tanto que los países carentes de petróleo se vuelven por lo general más ricos, libres y pacíficos, los Estados petroleros no son ni más ricos ni más libres ni más pacíficos que en 1980. Muchos países petroleros incluso han empeorado: los ingresos medios de Gabón han caído casi a la mitad durante el último cuarto de siglo; los de Irak cayeron un 85%. Los interminables conflictos internos han devastado países como Argelia, Angola, Colombia y Nigeria. Dos datos destacados son que estos países petroleros tienen un 50% más de probabilidades de estar regidos por gobiernos autoritarios, y los más pobres tienen dos veces más probabilidades de sufrir guerras civiles, como los países carentes de petróleo. Los Estados petroleros, desde el punto de vista económico, son también por lo general más opacos e inestables que los no-petroleros, y, por razones que veremos más adelante, dan a las mujeres menos oportunidades de participar en la política o de trabajar fuera de casa.

Esta información muestra lo que los politólogos denominan «mal-dición de los recursos». La ONG *Freedom House* clasifica los países por el grado en que garantizan las libertades civiles y los derechos políticos; hoy en día, sólo una sexta parte del petróleo mundial se

encuentra en países considerados «libres». La extracción de recursos tiende a fomentar la corrupción y a deteriorar las instituciones, al mismo tiempo que desgasta la confianza social. La dependencia de los recursos extractivos también guarda relación con la duración y frecuencia de las guerra civiles, algunas de las cuales han llegado a ser tan sanguinarias como las de Chechenia, Sudán y Siria. Muchos países ricos en recursos naturales también están plagados de pobres de solemnidad. Alrededor del 40% de las naciones ricas en recursos naturales vive con menos de dos dólares al día y —a diferencia del resto del mundo—, la pobreza aumenta a medida que se deteriora la Administración. Y, de nuevo, estas alarmas llevan sonando muchísimo tiempo. Adam Smith dijo que no hay proyectos más ruinosos para una nación que las excavaciones en busca de oro y plata, y Karl Marx habló de la «desaparición, la esclavización y la sepultura en minas» de los pueblos indígenas de su época.

Este libro se pregunta por qué suenan las sirenas precisamente allí donde se extraen los recursos naturales, y por qué a veces aúllan justo a nuestro lado. Pretende mejorar la economía global sin dañar las cadenas de suministro de las que tantas cosas dependen. La mayor parte del libro trata sobre el petróleo, que es con diferencia el producto más valioso a la par que el más divisorio del mundo. Como veremos más adelante, las malas noticias que irradian los Estados petroleros tienen un origen que envenena también a los países en los que abundan los metales valiosos y las piedras preciosas. Veremos por qué tantas personas consideran la abundancia de recursos naturales como una maldición, y por qué esos recursos terminan maldiciéndonos también a nosotros.

En la parte IV encontraremos el camino hacia un mundo mejor. Occidente puede guiar al mundo a través de la próxima revolución global: una revolución tan importante como el final de la esclavitud y la liberación de las colonias con respecto a sus imperios. El hecho de liderar esta revolución nos hará sentirnos más seguros en nuestros propios países, nos dará más credibilidad en el extranjero, y nos permitirá solucionar con mayor prontitud problemas tan acuciantes como el cambio climático. Al final del libro, seremos capaces de ver

el lugar que ocupamos en la historia del progreso humano, con una visión más clara de cómo podemos contribuir a la creación de una Humanidad más unida, lista para afrontar los desafíos del futuro.

Al igual que en el viaje de Dante, el recorrido se irá haciendo más difícil antes de mejorar. Como Dante, primero debemos contemplar el mundo infernal en que nos encontramos.

El petróleo alrededor nuestro, sobre nosotros, dentro de nosotros

Observemos con más detenimiento nuestra relación, en cuanto consumidores, con la maldición de los recursos naturales en el exterior, empezando por el recurso más importante de todos: el petróleo. En 2012, una familia media estadounidense gastaba 2 912 dólares al año en gasolina. Es una cantidad considerable de dinero, y podemos rastrear adónde fueron a parar esos dólares. Las empresas petroleras obtuvieron 465 dólares por transportar, refinar y vender el petróleo; el Gobierno central retuvo algo más de 165 dólares en impuestos. La mayor parte del dinero restante se usó para comprar el propio crudo. Si seguimos el rastro de ese dinero hasta los países productores, nos daremos cuenta de que 275 dólares terminaron en las arcas de regímenes totalitarios. La familia media estadounidense, simplemente llenando el depósito de su automóvil, pagó 275 dólares a algunos de los gobernantes más represores y peligrosos del mundo.

Si esto nos interesa lo bastante para examinarlo más a fondo, comprenderemos que nuestra situación es aún peor de lo que pensábamos. Los consumidores envían dinero a los dictadores cuando compran gasolina... y cuando se van de compras. Los productos petroquímicos derivados del petróleo se utilizan para fabricar multitud de cosas: ropa, muebles, perfumes, vitaminas... Es posible que los consumidores estén financiando petróleo «despótico» cuando compran agua embotellada, revistas, chaquetas, cosméticos, televisores, tablets, lápices, pasta de dientes, maletas y copos de maíz. Y no sólo estos últimos cereales: el nitrógeno derivado del petróleo se usa para cultivar las principales cosechas, y por tanto se encuentra en la mayoría de los productos alimenticios que adquirimos en los supermercados. El petróleo también se usa para propulsar más del 90% del transporte internacional. Así pues, es probable que el coste del petróleo

despótico forme parte del precio de cualquier producto que haya sido transportado en barco, avión o camión, esto es, casi todo lo que hay en las estanterías. A menos que acudas a una granja ecológica, la compra tendrá invisibles restos de hidrocarburos por todas partes. Cada vez que pasamos por caja —ya sea en un súper u online—, lo más seguro es que estemos enviando dinero a un dictador extranjero.

La complejidad de los mercados globales nos oculta toda esa información: lo que vemos a nuestro alrededor son sólo las cornucopias de la venta al por menor. De todas formas, no sabríamos qué hacer al respecto. Al fin y al cabo, las familias reales saudíes que nos venden hidrocarburos son aliadas de Estados Unidos, y las empresas petroleras son gigantescas compañías globales (la revista Forbes incluye a cinco de ellas entre las más ricas del mundo). Todo el entramado del petróleo «despótico» se apoya no sólo en nuestra propia economía, sino también en la economía mundial. Cuando pensamos en las víctimas de los tiranos que se embolsan nuestro dinero, probablemente no es con indiferencia, sino más bien con una sensación de impotencia; al fin y a la postre, ¿qué podríamos hacer por ellas?

No somos los primeros en sentirnos impotentes ante el sufrimiento y la injusticia que causan los mercados globales. En la Inglaterra del siglo XVIII, la cuestión no era el «petróleo despótico», sino el «azúcar esclavista». El azúcar que cultivaban los esclavos en el Caribe era un puntal del comercio británico de ultramar en el que estaban involucradas las más altas esferas del Gobierno. Los miembros más ricos del Parlamento británico poseían plantaciones de esclavos, y la Iglesia de Inglaterra tenía propiedades tan extensas que su marca (grabada a fuego en el pecho de los esclavos) era reconocible en cualquier isla del Caribe. Los líderes del primer boicot consumista moderno —el boicoteo del azúcar esclavista— intentaron obstaculizar los «negocios habituales» conectando mentalmente a los consumidores con los esclavos. En un extraordinario folleto publicado en 1791, el activista William Fox escribió:

Si compramos el producto participamos en el delito. El traficante de esclavos, el negrero y el explotador son en realidad represen-

tantes del consumidor, y podría decirse que son contratados por este para que le consigan mercancías [...] Por cada kilo de azúcar que compramos... estamos consumiendo medio kilo de carne humana.

¿Somos como los británicos en 1791? ¿Deberíamos aplicarnos las palabras de Fox: «La compañía petrolera y el gobernante autoritario son en realidad representantes del consumidor, y podría decirse que son contratados por este para que le consigan mercancías...»? ¿Seríamos capaces de concebir siquiera un boicot al petróleo?

### **¿Acaso debería importarnos?**

Estoy leyendo un libro que me interesa mucho, pero es casi imposible que me haga cambiar de actitud o que suponga un cambio en mi vida. Después de todo, hay muchísimas personas en el mundo; deberíamos ser insensibles a la suerte de la mayoría de ellas. Imagínate a un niño de diez años y supón que hoy empieza a darle la mano a una persona distinta cada segundo. Al cabo de setenta y cinco años, aún no habría conocido a todas las personas que viven en la más absoluta pobreza. Para ser sinceros, sabemos que nuestros semejantes, que son muchísimos, sufren y mueren todos los días. Si todos los gritos y súplicas de quienes están siendo torturados en este momento resonasen en tu habitación, te quedarías sordo; y lo mismo cabe decir de los sollozos de aquellos afligidos por la injusticia. Debemos ser un poco duros de oído en el día a día y hacernos insensibles para seguir viviendo rodeados de tanto sufrimiento y destrucción.

Los filósofos (que son expertos en imaginar cosas) intentarán hacernos percibir los desastres que tienen lugar en el otro extremo de las cadenas de suministro globales. Imagínate, dice el filósofo, que de ahora en adelante tienes que recurrir al trueque en vez de pagar en efectivo. Para conseguir una alarma de incendios, habrás de entregar una antorcha que prenderá fuego a tres chabolas con sus familias dentro. Una consola de videojuegos te costará una escopeta que se usará para asaltar un campamento de refugiados. Mientras llenas el

depósito de gasolina ves en una pantalla situada sobre el surtidor las imágenes en directo de una cárcel mugrienta y cochambrosa. Pagas a la cajera con unas esposas de plástico que se usarán para maniatar a la siguiente remesa de manifestantes pro democracia mientras los meten en esa prisión (la próxima vez que repostes verás a los manifestantes encarcelados).

«La gente debería pensar», dice un activista nigeriano, «que, cuando encienden la calefacción en Europa, están contaminando el delta del Níger». «Necesitamos una nueva ley», dice un cómico estadounidense, «para que los propietarios de todoterrenos entren a formar parte de la reserva militar automáticamente. Entonces podrán ir a recoger su maldito propio petróleo». Filósofos, activistas, comediantes: todos intentan reforzar los vínculos mentales entre los consumidores de aquí y las calamidades de allá. Esas elucubraciones están basadas en la idea de nuestra conexión con el sufrimiento y la injusticia en el extranjero, lo que llama nuestra atención porque la idea es nuestra, permanece en los límites de nuestra conciencia y a veces en el centro mismo. La cuestión es que estamos vinculados a las desgracias de los demás, que nuestro despilfarro activa esas sirenas que suenan a lo lejos. ¿Es real esta teoría? ¿Cuánto se aproxima esta hipótesis a la realidad?

Los consumidores podrían estar conectados con la desgracia si sus propios gastos lo financiaran. Por ejemplo: los gobernantes crueles y los rebeldes sanguinarios podrían vender recursos naturales que llegaran a los consumidores por las cadenas de suministro, mientras que el dinero que los consumidores pagan por los productos elaborados retorna por la misma vía a esos gobernantes y sediciosos. Otra conexión podría establecerse mediante incentivos. Los consumidores que hoy compran bienes procedentes de los recursos de países devastados podrían estar creando incentivos para que la devastación se prolongue en el tiempo.

Ambas teorías son ciertas. Financiamos el sufrimiento humano cuando hacemos la compra diaria, y nuestras adquisiciones de hoy incentivan la injusticia del mañana. Aun es más, hemos estado en contacto con la opresión y la guerra, con la corrupción y la pobreza, durante toda la vida. Como veremos más adelante, nuestro consumo

de recursos naturales prolongó la existencia del régimen soviético y del apartheid; mantuvo en el poder tanto a Pol Pot como a Sadam Husein; contribuyó a pagar el genocidio de Darfur; y desencadenó atroces conflictos bélicos en Angola y en Sierra Leona. Si las cosas no cambian, nosotros —y después nuestros hijos— estaremos vinculados para siempre a tales sufrimientos.

### **La confusión de las mercancías**

Pero nuestro dinero también irá a parar a sitios buenos, se supone. Cuando apartamos la vista de los desastres que se producen en algunos países exportadores de recursos naturales, observamos que no todas esas naciones son tan deprimentes. De hecho, a algunas parece irles bastante bien. Noruega tiene petróleo, Botsuana diamantes, Chile cobre... y estos países han prosperado. Nuestra vinculación, a través de las cadenas de suministro, con los habitantes de esas naciones parece ventajosa para ambas partes. Nosotros disfrutamos de los bienes fabricados con sus materias primas; ellos utilizan el dinero de las ventas para prosperar. Esta es la relación que deseamos mantener con todo el mundo en nuestras cadenas de suministro; queremos que el mercado global funcione así. Entonces, ¿cuándo va a parar nuestro dinero a países «buenos» y cuándo a países «malos»? ¿Cuándo nos aliamos con el bien y cuándo con el infortunio?

La naturaleza del mercado global es lo que hace que esto sea tan difícil de saber. Hay que volver a imaginar la inmensa red de cadenas de suministro correspondientes a todos los productos que brillan en la superficie de la Tierra: miles de millones de nodos que forman billones de conexiones similares a las neuronas del cerebro humano. Hoy en día hay sitios web «abiertos» que ayudan a los compradores a entender el funcionamiento de las cadenas de suministro que hay detrás de al menos algunos productos, pudiendo así conocer el origen de los recursos naturales de los artículos que compran. Pero en el caso de materias primas esenciales como el petróleo, las cadenas de suministro no son públicas (de hecho, como veremos más abajo, permanecen ocultas). Y las cadenas de suministro actuales, como las

neuronas del cerebro, cambian constantemente sus nexos. El látex de un condón comprado en una tienda un día cualquiera procede de árboles indonesios, pero al día siguiente podría provenir de la India; no se puede saber con tanta precisión. Aunque pudieras etiquetar todas las estanterías de las tiendas que frecuentas, indicando el origen de las materias primas de los productos que en ellas se venden, las etiquetas serían poco fiables tras la primera reposición.

La manera en que las cadenas de suministro se fusionan, intensifica aún más la confusión de las mercancías. Este es el problema de los bienes intermedios. Sólo uno de cada cinco diamantes, por ejemplo, termina en las joyerías, pues la mayoría se usan para taladros de minería. Los diamantes provenientes de los campos ensangrentados de Zimbabue quizá hayan sido acoplados a un taladro para extraer petróleo en México, y luego el petróleo, convertido en gasolina, llena el depósito del camión que lleva naranjas a tu supermercado. La próxima naranja que cojas, podría ser, en este sentido remoto, una «naranja ensangrentada» (nunca lo sabrás).

Es imposible saber con exactitud qué productos están contaminados por la toxicidad moral de sus cadenas de suministro. Sin embargo, estamos seguros de que ese tipo de contaminación existe. La «contaminación» es un tercer tipo de vínculo entre consumidores y productores, distinto de la intervención y la incentivación. Si sospecharas que hay un 10% de probabilidades de que el cacao de tu chocolate favorito había sido cosechado por niños obligados a trabajar durante muchas horas seguidas en condiciones inhumanas, ¿seguirías comprándolo? ¿Y si las probabilidades fueran de un 1%? Sin embargo, es mucho más probable que compremos productos elaborados con recursos naturales arrebatados a las personas más desventuradas del mundo. Nuestra contaminación moral es una certidumbre: como veremos después, todos poseemos bienes robados.

## **Las maldiciones recaen sobre nosotros**

La maldición de los recursos naturales no sólo nos contamina, sino que también nos amenaza. La maldición de los recursos naturales

está siempre en las noticias: quedó reflejada, por ejemplo, en los graves acontecimientos internacionales de 2014-2015. En África, el Ébola asoló tres países cuyos sistemas sanitarios habían quedado muy debilitados tras años de guerra y despotismo alimentados por la explotación minera; y el miedo a la epidemia se extendió a Estados Unidos. Putin, en Rusia —con las arcas del Estado llenas gracias al elevado precio del petróleo—, usó la fuerza contra Ucrania y Siria mientras profería amenazas contra Occidente. Los países occidentales enviaron aviones para combatir a un autodenominado Estado Islámico que, financiado por el petróleo, atraía a jóvenes reclutas para que luchasen en los fragmentados Estados petroleros de Irak y Siria. El caos de Siria se contagió a los países vecinos, provocando una oleada de refugiados que huyeron en dirección a Europa. La maldición de los recursos naturales sigue apareciendo en los titulares que lees hoy. Al final de la parte I, la verás por doquier.

Recuerda que, entre los países en vías de desarrollo, los Estados petroleros tienen un 50% más de probabilidades de contar con líderes autoritarios, líderes que se mantienen en el poder por culpa de nuestro dinero. La próxima vez que tu país envíe tropas para derrocar a un «petrócrata» como Sadam Husein o Muamar el Gadafi, quizá resulte que el dinero que pagaste en la gasolinera habrá servido para comprar los misiles que les lanzarán a tus pilotos y las balas que les dispararán a tus jóvenes soldados. Recuerda también que los Estados petroleros más pobres tienen el doble de probabilidades de emprender una guerra civil. La próxima vez que te encuentres retenido en el control de seguridad de un aeropuerto, esperando a quitarte el abrigo o los zapatos, tal vez se te ocurra que, el (fracasado) terrorista nigeriano, y el (fracasado) terrorista yemení del avión de carga, y los (mortíferos) terroristas del maratón de Boston, provenían de países petroleros desestabilizados desde hace mucho tiempo por la violencia. O tal vez recuerdes la nacionalidad de quienes estrellaron los aviones contra el World Trade Center aquel 11 de septiembre.

Como veremos en la parte II, cuando alimentamos la desgracia en el extranjero, no debería sorprendernos que el rencor nos devuelva la jugada. Y el daño que nos inflige la maldición de los recursos natura-

les no procede sólo directamente de extremistas agresivos y autoritarios. También nos perjudicamos a nosotros mismos discutiendo sobre cómo manejar las opciones negativas para todos que nos proporcionan. Irán, Irak, Libia, Siria, Rusia y otros Estados petroleros: piensa en lo perniciosas que han sido durante cuatro décadas nuestras discusiones sobre si debíamos emprender acciones militares o no, imponer sanciones económicas o no, o reforzar nuestra seguridad antiterrorista a costa de nuestras libertades personales. ¿A qué tan mala sangre, incluso entre personas de buena voluntad? ¿No es posible regresar al origen y descartar esas opciones perjudiciales antes de que vuelvan a dividirnos entre tanto fuego cruzado?

En este caso podríamos salir por la tangente en muchas direcciones: el imperialismo yanqui, el extremismo islámico, el auge de China, el cambio climático o el fracking. Analizaremos todas estas cuestiones, entre otras, a lo largo del libro. Pero, antes de avanzar, parémonos a pensar dónde nos encontramos.

### **Cadenas por todas partes**

El mercado global es una impresionante red de transporte y transformación que convierte a diario gigantescos fragmentos de recursos naturales en un macrocosmos de bienes y servicios. Las cadenas de suministro mundiales nos proporcionan la tecnología, la moda y los aviones que constituyen las plataformas de nuestros proyectos, a los que sólo renunciaríamos muy a nuestro pesar. Aún es más, esas cadenas de suministro nos procuran la comida, la energía y los medicamentos de los que, en cuanto comunidad humana, no podríamos prescindir. Siete mil millones de personas son quizá demasiadas para mantenerlas a todas, por no hablar de aquellas que viven ahora mejor que nunca y de los afortunados que tienen absolutamente de todo. La Humanidad necesita inevitablemente el mercado global, esto es, la máquina de la vida que ella misma ha creado.

En este mercado, gran parte de las relaciones entre proveedores y consumidores constituyen las conexiones —ventajosas para todos— que describía la economía clásica: los proveedores envían los bienes, y

los consumidores recompensan sus esfuerzos. Pero en algunos lugares —donde se explotan recursos naturales como el petróleo, los metales, las piedras preciosas y la madera— la máquina de la vida funciona mal. Allí las cadenas se apropian de los recursos y los arrancan del suelo con consecuencias desastrosas para los lugareños. En esos sitios, la demanda global es como un tornado que toca tierra, o como una enorme jeringa que perfora la piel del planeta, succionando con ansiedad las materias primas. Vimos el pillaje de cerca en una aldea congoleña y en las macroestadísticas que relacionan la producción de recursos naturales con el autoritarismo, las tiendas civiles, la corrupción, la desigualdad sexual, etcétera. Las bendiciones del mercado global contienen en su seno la maldición de los recursos naturales.

Si los consumidores fueran conscientes de estas malditas conexiones mercantiles —enviando hoy su dinero a dictadores, militares y funcionarios corruptos, y provocando mañana más sufrimiento e injusticias—, la mayoría de ellos las repudiarían. La contribución de un consumidor cualquiera a la maldición de los recursos naturales es incierta, y resulta prácticamente imposible que un comprador averigüe la «bondad» o «maldad» de lo que está comprando. Sin embargo, los consumidores avisados sospecharán que muchos productos de los que compran están «manchados» desde su origen. Aquella mujer quizá tenga sangre en las manos (en el oro de su anillo). Tal vez se oigan gritos desgarradores en la boca de aquel hombre mientras se come un helado elaborado con nitrógeno derivado del petróleo. Es posible que a la mujer no le guste hacer la compra diaria en un mercado globalizado cuya estructura se cimienta en la injusticia. A lo mejor el hombre tiene la extraña sensación de que la maldición de los recursos naturales extranjeros girará en redondo para dañar a sus seres queridos. Y ella quizá tema la siguiente crisis de política exterior que llenará de improprios las ondas hercianas.

Este problema es muy grave. Su gravedad se debe no sólo a la masiva contaminación de los flujos globales de los recursos naturales, sino también a que el mundo depende de esos flujos para su supervivencia. Si los millones de barriles de petróleo «despótico» dejasen de fluir mañana, la economía global se paralizaría. No podríamos per-

mitirnos ningún pequeño lujo, cientos de miles de personas perderían su trabajo, y los millones que acaban de salir de la pobreza extrema volverían a vivir en la indigencia, en caso de haber sobrevivido a la debacle. El mundo gira sobre recursos naturales contaminados, de modo que al parecer estamos en un verdadero aprieto. El deseo de llevar una existencia honrada choca contra la necesidad práctica de mantener nuestro estilo de vida y está extendido por todo el mundo.

Con un ojo, vemos la palpitante red mundial de cadenas de suministro, que crece en relación simbiótica con la Humanidad. Con el otro, vemos que el mercado global sigue causando estragos y usa la sangre para lubricar sus engranajes. Ambos puntos de vista son válidos; podemos tener ambos al mismo tiempo. Lo que vemos con los dos ojos parece un dilema característico del ahora.

Nuestros antepasados afrontaron muchos retos que hoy parecen sencillos desde una perspectiva ética, aunque sigan siendo desalentadores. Si ves a unos esclavos encadenados, rompe las cadenas. Si los nazis bombardean tu ciudad, detén a los nazis. Muchos desafíos nuevos parecen difíciles de superar desde un punto de vista tanto práctico como moral. En el caso de los problemas actuales —como la maldición de los recursos naturales y el cambio climático—, los consumidores tienen ante sí unos sistemas complejÍsimos y opacos en los que millones de personas aportan pequeñas cantidades para obtener grandes malos resultados. Peor aún, son esos mismos sistemas los que nos presentan las bondades de la vida moderna, la cual a su vez supone una amenaza para nosotros. Romper las cadenas de los esclavos del mundo es un triunfo moral. ¿Y romper las cadenas de suministro mundiales? Eso es imposible.

De hecho, en comparación con la maldición de los recursos naturales, hasta el cambio climático parece una nadería. Al menos, en el caso del cambio climático la causa y el remedio son fáciles de comprender. El exceso de emisiones contaminantes en millones de lugares distintos se suma al exceso de emisiones totales: lo más sencillo sería reducir la suma reduciendo los sumandos. Lo difícil es reducir las emisiones de manera equitativa, y la acción colectiva que se necesita para lograrlo resulta ardua porque al actor principal, la Humanidad,

le cuesta mucho coordinarse. Sin embargo, el problema básico y la solución del cambio climático son bastante sencillos desde una perspectiva mental: no suponen una mayor dificultad que sumar y restar.

La maldición de los recursos naturales es más compleja porque, en el micronivel, todo parece funcionar correctamente. Vuelve a pensar en las materias primas que se utilizan para que hagas la compra diaria: lejanos yacimientos de minerales y petróleo, bosques foráneos, gemas antípodas. Lo que te da acceso a esas materias primas son las leyes mercantiles de la oferta y la demanda. En cada etapa del trayecto que recorren esas materias para llegar a ti se aplican normas bien conocidas: la propiedad y el contrato mercantil. Quienes extraen los recursos naturales se los venden a fabricantes que a su vez se los venden a intermediarios que a su vez te los venden a ti. El dinero que te gastas tú va a parar a los intermediarios, que son clientes de los fabricantes, que a su vez son clientes de los extractores. En cada eslabón, lo único que vemos es lo que Adam Smith denominó «la propensión humana a transportar cosas, hacer trueques, cambiar una cosa por otra». No hay «excesos» en ningún eslabón de la cadena. A diferencia del cambio climático, el problema no es la adición, así que la sustracción no sirve para nada.

La maldición de los recursos naturales plantea un problema de acción colectiva, pero no podemos ver, siquiera en abstracto, en qué consiste esa acción. Las cadenas de suministro que nos vinculan a los recursos naturales parecen estar compuestas de transacciones muy básicas: la propiedad fluye por los contratos desde el origen hasta el punto de venta. Al inmenso tapiz de las cadenas de suministro parecen haberle dado una sola puntada. No vemos ningún error que pudiéramos corregir para volver a tejer la moqueta. La maldición de los recursos naturales es sólo, al parecer, un pésimo subproducto del mercado global.

Oímos débiles gritos procedentes de los extremos de las cadenas de suministro, donde el enorme peso de la demanda consumista global aplasta los cuerpos de quienes son torturados por dictadores o violados por milicianos. Leemos noticias acerca de ciudadanos que viven en países ricos en recursos naturales pero que pasan hambre o se sublevan contra el tirano o se ven envueltos en espantosas guerras

civiles o incluso planean asesinar a personas como nosotros. También vemos la profusión de lujos y necesidades que surgen de las cadenas de suministro próximas a nosotros, y no parece haber más que simples intercambios comerciales entre la procedencia maldita y las estanterías de nuestras tiendas. Rastrear el origen de la mayor parte de las materias primas es demasiado complicado, ya que muchas de ellas se utilizan como bienes intermedios en las cadenas de suministro. Cuesta trabajo ser un consumidor de productos derivados del petróleo y a la vez partidario del Comercio Justo.

En cuanto consumidores, parece que estamos estancados. Volvamos a mirar desde otro ángulo.

### **Tu propia Arabia Saudí**

Haz un pequeño inventario de los objetos que has tocado hoy (sábanas, prendas de vestir, cosméticos, etcétera). Esos objetos están hechos de moléculas procedentes de muchos países. A lo mejor te despertaste hoy en Egipto. Quizá lleves un trozo de España alrededor de la cintura, o parte de Venezuela en los pies. Podrías tener un poco del Congo en el bolsillo, y muy posiblemente un pedazo de Omán en la nariz. Es como si hubieras circunnavegado el globo dando volteretas, con la tierra de muchos países pegada a ti, o como si un dios hubiera hecho una pelota contigo y te hubiera lanzado alrededor del mundo con los bolsillos rebosantes de dinero. A lo mejor mordisqueas una rebanada de Italia cubierta de Sri Lanka: si tú eres lo que comes, entonces nosotros somos el mundo. Al observar las moléculas que entran en tu cuerpo y lo conforman —la comida, la bebida, las vitaminas, los medicamentos—, resulta que eres un ciudadano global, una verdadera creación multilateral. El corazón del más xenófobo guardia fronterizo lleva a México en su interior. El racista japonés no puede quitarse a Corea de la sangre.

En la etiqueta de tu ropa interior pone «Made in Bangladesh». Pero, ¿de qué país son las moléculas con las que está hecha esa ropa? De Vietnam, tal vez, o de Brasil; o de los dos. Una forma de interpretar lo que haces en la gasolinera es que le estás echando gasolina al

coche. Otra forma de interpretarlo es que estás metiendo en el coche al mismísimo Estado soberano de Angola. O podrías estar llenando el coche de una mezcla de Rusia, Irak y Texas (como dijo Marx, el dinero «junta las imposibilidades y hermana las contradicciones»). Todos esos átomos provienen de algún punto concreto de la superficie del planeta: todos tenían propietarios, en sus orígenes, según las leyes de esos países. Las cadenas de suministro no son sólo caminos físicos de moléculas: son cadenas de transacciones legales, de propiedades que cambian de manos mediante contratos. Lo que ahora es propiedad tuya fue antes propiedad de otros; las cadenas de suministro mundiales han establecido una relación legal entre tú y muchos extranjeros, lo cual debería darte una nueva perspectiva.

Tomemos algo que sea tuyo —tu portátil, por ejemplo— y rastreemos la propiedad legal de sus componentes por medio de los eslabones de su cadena de suministro. Compraste el ordenador en una tienda, y la tienda se lo compró al fabricante. El fabricante les compró todos los componentes del portátil a sus proveedores. Si rastreamos los derechos de propiedad de una parte del ordenador —la carcasa de plástico, por ejemplo—, encontraremos las materias primas que poseía una refinería, y luego el petróleo que poseía un comerciante que envió el petróleo a esa refinería. Al principio de esta cadena de títulos legales encontramos el petróleo perteneciente, por ejemplo, a Arabia Saudí. Has establecido una relación jurídica con el régimen saudita. La propiedad legal de tu ordenador depende de la propiedad legal de un pozo de crudo que pertenece al régimen saudita.

¿O quizá —lo que es aún más inquietante— deberíamos decir que pertenece «supuestamente» a ese régimen? Arabia Saudí afirma que posee en propiedad todo el petróleo del país y que tiene derecho a venderlo. Pero, ¿por qué suponer que el régimen saudí tiene autoridad para hacer semejante declaración? ¿Quién puso el petróleo del país a cargo de esas personas? Las leyes fundamentales del régimen saudí dicen lo siguiente:

El Gobierno del Reino de Arabia Saudí recibe su autoridad del Sagrado Corán y de las palabras y costumbres del Profeta.

¿Tienes que creer semejante cosa para ser el dueño de tu ordenador? ¿No será que respaldas la autoridad del régimen saudí por razones que ese mismo régimen rechazaría? ¿O es que no acatas en modo alguno la autoridad de la Administración saudí? Como sabes, el Gobierno árabe lleva ejerciendo la represión desde hace muchas décadas y ha invertido los inmensos beneficios procedentes del petróleo en eliminar cualquier intento de derrocamiento. Evidentemente, no se nos pasa por la cabeza invadir ese país: Arabia Saudí ni se toca. Sin embargo, cuando cierras el portátil y lo metes en su bolsa, parece estar dando por supuesta alguna justificación, alguna teoría implícita respecto a los derechos de propiedad. He aquí la pregunta precisa para un momento de profunda reflexión: ¿(cómo) vendió el régimen saudí legalmente el petróleo con que se fabricó el plástico del ordenador que ahora legalmente posees?

No saber qué contestar es mejor que suponer una respuesta evidente. Y la respuesta será sorprendente, apasionante, hasta podríamos decir que maravillosa, de no ser porque también explica en parte el sufrimiento y la injusticia que acompañan a la maldición de los recursos naturales. La respuesta no es obvia, pero vale la pena buscarla porque, si la encontramos, nos mostrará el camino para deshacer dicha maldición.

## **Ver el mundo en una gota de petróleo**

Al pensar en la maldición de los recursos naturales desde la perspectiva del consumidor, nos atascamos. El hecho de reflexionar sobre la propiedad legal nos exime de profundizar más. Si nos imaginamos el derecho internacional como un estrato superpuesto a la política, y la política como un estrato superpuesto a la economía, el análisis que propone este libro tomará una muestra de los tres estratos para descubrir las verdades fundamentales del comercio internacional con respecto a los recursos naturales.

En esta exploración encontraremos aquellos mecanismos de la máquina de la vida que controlan la población de nuestra especie, así como las ocultas fundiciones políticas donde se forjan los deformados

eslabones de las cadenas de suministro mundiales. Investigaremos por qué los países que exportan recursos naturales son más proclives al autoritarismo, las guerras civiles, la corrupción, la opresión sexual y otros desarreglos, y por qué algunos países se benefician de sus recursos mientras que otros se arruinan a causa de ellos. Descubriremos un abismo entre el antiguo y el nuevo derecho internacional, así como un vacío en donde, según nuestros mapas, deberían estar las buenas leyes. Hallaremos corrientes ocultas bajo el flujo de noticias diarias sobre «petrócratas» belicosos, revoluciones sangrientas, Estados fallidos, terroristas, crisis económicas y daños medioambientales. Al excavar la economía política de los recursos naturales, desenterraremos las materias primas de la historia que estamos viviendo.

Podemos ver gran parte del mundo en una gota de petróleo. Aun así, nada lo explica todo; los acontecimientos globales tienen más dimensiones de las que se pueden examinar desde un observatorio. El derecho, la política y la economía son las resultantes de muchos vectores, de diversas fuerzas que nos fortalecen e invalidan al mismo tiempo; no hay ningún sistema monocausal o cerrado. Naturalmente, detrás de aquel 11 de septiembre había algo más que petróleo. Esos rapaces milicianos congoleños no son sólo sádicos voraces en busca de trofeos minerales: conocen la laberíntica política de sus aldeas. Por eso, el retroceso progresivo de la maldición no libraré de todos los males, como por arte de magia, a todos los países malditos, y mucho menos a la Tierra. Seguirá habiendo malos gobiernos, guerras, pobreza y terrorismo. Las causas y los remedios de la maldición son partes de un todo más grande; los capítulos de este libro iluminan los píxeles de la imagen global. Los recursos naturales no lo son todo, pero sin duda son algo.

Encontrar soluciones para estos complejos problemas será como redecorar los cimientos del sistema internacional, como preguntarse por qué siguen teniendo cada vez más poder —gracias a los recursos naturales— los tiranos, los caudillos y las elites corruptas. Los libros que tratan estas cuestiones tienden a subrayar los errores de la política exterior occidental o su «adicción al petróleo», pero estas hipótesis, aunque ciertas, son superficiales. Nuestra investigación nos lleva más

lejos, pues hurga en la historia, el derecho y la sociología para descubrir qué normas generales canalizan el poder indefectiblemente, día tras día, hacia esos irresponsables. Buscamos las fórmulas que de manera constante y casi inevitable confieren poder a esos actores violentos, represores y corruptos, y durante la búsqueda no daremos nada por sentado con respecto a la sensatez o la justicia de los modos en los que el mundo ha funcionado siempre.

Para que valga la pena investigar el problema de los recursos naturales hay que interpretar el mundo y también cambiarlo. Tras la parte I se harán visibles las causas de la maldición y, tras la parte II, nuestras propias contribuciones a la misma resultarán evidentes. A través de estos capítulos, el reto de la maldición de los recursos naturales empezará a parecerse cada vez menos al nuevo reto del cambio climático y cada vez más a los desafíos que afrontaban nuestros antepasados. Oponerse a esa maldición nos parecerá algo así como lo que debió de ser en su momento oponerse a la esclavitud: sencillo desde el punto de vista moral, aunque desalentador desde una perspectiva práctica. Parecerá sencillo desde el punto de vista ético en cuanto descubramos qué fuerzas la mueven y por qué son invisibles a plena luz. Cuando las aislemos, no cabrá duda de que esas fuerzas son nocivas y peligrosas. En la parte III descubriremos los principios capaces de contrarrestar el poder que tanto caos y opresión provoca en todo el mundo.

El desafío del cambio será desalentador porque los impulsores de la maldición están atrincherados. Debemos actualizar la economía global sin deteriorar su funcionamiento. Por suerte, el mundo está destinado al éxito. Los principios que necesitamos están ampliamente aceptados, los grandes tratados que declaran esos principios ya están firmados, y los intereses e ideales más influyentes ya se han alineado. Se está produciendo un tremendo impulso en la dirección correcta.

Para deshacerse de la maldición de los recursos naturales, los países occidentales no tienen más que aplicar sus propios principios, dentro de sus propias fronteras, en su propio territorio. Esto es muy importante: el «nosotros» de este libro es el nosotros de Occidente; nuestro liderazgo será el resultado de poner orden en nuestras propias casas. No es tarea nuestra decirles a los saudíes o a los nigerianos

cómo gobernar sus países: eso lo tienen que decidir ellos.

Nuestros países deben establecer su propia política exterior, y nosotros debemos decidir con quién y cómo comerciar. Con independencia de las decisiones que tomemos —comerciar o no, comerciar según unas normas u otras—, nuestras decisiones afectarán de manera directa a los extranjeros. Este libro pretende demostrar de manera convincente, que nosotros deberíamos comerciar de acuerdo con nuestros principios más sólidos en vez de negociar en contra de esos principios como está sucediendo ahora. Los países occidentales deberían modificar sus propias reglas comerciales a fin de respetar el derecho de todos los pueblos a hacerse con el control de sus propios recursos y forjarse su propio destino. Si ponemos en orden nuestras propias casas, lograremos mejorar la vida de otros pueblos para que así, con el tiempo, nuestra vida mejore de igual modo.

El liderazgo occidental en cuestión de recursos será la siguiente fase de la revolución ética global que puso fin al comercio de esclavos en el Atlántico, liberó las colonias, acabó con el apartheid e impulsó el desarrollo de los derechos humanos. En la parte IV se presenta un plan de acción que está listo para funcionar: un proyecto para que los estadistas, los consumidores, los inversores, los líderes civiles y, sobre todo los ciudadanos, se pongan en marcha. En la parte V apuntamos que la recomposición del comercio con recursos naturales repercutirá en la historia del progreso humano: cómo cambiar las reglas que enfrentan a los demás entre sí, los enfrentan contra nosotros y, encima, crean divisiones en nuestro seno.

Podemos encontrar los defectos de las cadenas de suministro globales, y corregirlos. Podemos silenciar algunas sirenas que retumban a lo lejos, así como otras que están a punto de resonar a nuestro lado. Podemos crear una vida más libre y homogénea que la que tenemos ahora.